

## **El vacío y la forma. Intersticios para pensar el vínculo entre jóvenes y derechos culturales en México**

Héctor E. Gómez Vargas\*

El reflejo de la fórmula “la forma es vacío” es “el vacío es forma”. Lo cual significa que no sólo somos el cielo sino al mismo tiempo nosotros. En esencia, éste es nuestro primer descubrimiento.

Jakusho Kwong, *Sin principio ni fin*.

### **La forma es vacío. Hacia la cuadratura de un posible círculo.**

Para reflexionar sobre los jóvenes y los derechos culturales en México, partimos de que ambos emergen como parte de un proceso más amplio: las transformaciones de lo que Immanuel Wallerstein (2005) llama Moderno Sistema Mundo, un proceso civilizatorio que comenzó en el siglo XVI y que parecía entrar en crisis a mediados de la década de los sesenta, y en una profunda bifurcación a finales de la de los ochenta del siglo XX.

Estas transformaciones profundas tienen que ver con un elemento que en los últimos tiempos se ha ido reconociendo de manera cada vez más generalizada: la dimensión de la cultura como un elemento presente en las dimensiones

---

\* Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Colima y académico del Departamento de Ciencias del Hombre de la Universidad Iberoamericana León

económicas, políticas y sociales; a niveles mundiales, nacionales y locales; un factor vital para la organización social y las relaciones entre las distintas regiones del mundo. Este nuevo entorno civilizatorio hace que muchas cosas se modifiquen sustancialmente de acuerdo a la manera como se ha pensado a la sociedad, al mundo, al mismo conocimiento, y, por supuesto, a la cultura (Chambers, 2006).

Nuestra intención no es reflexionar sobre los jóvenes ni sobre los derechos culturales, sino indicar algunos intersticios, ese conocimiento que se teje desde lo ordinario (Maffesoli, 2001: 226) y que permite entender las formas que se hacen y recomponen de lo social, no sólo al nombrarlas, sino por su propio dinamismo y organicidad; las formas que se dan a través no sólo de complicidades, sino de contrastes, de contrarios, desde los cuales se amplían los sentidos y las tendencias de acción (Maffesoli, 1997) que nos permitan entender su complejidad para poder institucionalizarlas dentro de la vida social de nuestro país y la vida cotidiana de sus diversos grupos sociales.

Partimos de que tanto la cultura y los jóvenes son dos realidades altamente complejas, cambiantes, difíciles de asir con una sola mirada, pues en su interior hay una diversidad de tensiones que han actuado como ejes estructurales para su comprensión y su materialización en nuestras sociedades; porque esos ejes estructurales tienen una potencia tanto constructiva como desintegradora que se manifiesta en las cambiantes realidades culturales que se han ido materializando. De acuerdo con Niklas Luhmann (2000), éstos son algunos de los elementos que nos permiten entender el paso de las dinámicas de transformaciones sociales que

han pasado de la lógica de situaciones estables a inestables para retornar a la estabilidad, a las que se mueven de situaciones inestables a una de mayor inestabilidad, donde el punto se coloca no en el orden, sino en la organización, el paso de un orden estructural a otro de orden estructurante (Navarro, 1994).

Proponemos que la dimensión de la cultura como la realidad de los jóvenes hoy día son vitales para comprender la morfogénesis social, y que ambas deben ser vinculadas tanto con los derechos culturales, los derechos culturales de la juventud, o las políticas nacionales de la juventud con el fin no sólo de tener mayor claridad de las dificultades que ha tenido para ser definidas e implementadas (Cervantes Barba, 2004), sino de los riesgos que se juegan de no hacerlo, o de las posibilidades de hacerlo, pues del vínculo entre cultura, derechos culturales, jóvenes y derechos culturales de los jóvenes, o políticas de la juventud, hay dimensiones más amplias que se ponen en juego. Pensemos esto a través de dos vías: la histórica y la relacional, o transaccional.

Desde un punto de vista histórico, al vincular a los jóvenes con los derechos culturales se abren una serie de elementos comunes que en los estudios y reflexiones de cada uno han ido reconociendo y aceptando: la importancia de lo múltiple, de la historia, de las tensiones y conflictos sociales y económicos; del movimiento y las transformaciones de la vida social, la articulación de la política con lo social; de las estructuras con los grupos sociales; de las dimensiones materiales y subjetivas.

No es gratuito que, a finales de la década de los sesenta, pero principalmente de los setenta, se comenzara a pensar sobre la importancia de la cultura para el desarrollo de las naciones a través de formas de pensamiento como los imperialismos culturales, la equidad de las industrias de la cultura entre los países del norte y del sur, del respeto a la cultura y la importancia de reconocer los derechos culturales en cada país y entre los diferentes países del mundo, que en paralelo los jóvenes se tornan visibles, no sólo como una preocupación ante un nuevo fenómeno social y urbano, sino como un actor de la vida social. No es gratuito que en esos contextos se pensara a los derechos culturales y a los jóvenes a través de dos miradas: la desigualdad y la diferencia, es decir, las dimensiones sociales y culturales. Y ésa ha sido en mucho la tónica hasta el momento, pues parecen ser los elementos para pensar a la cultura desde la visión de lo transcultural.

Pero en la década de los noventa apareció un nuevo contexto que fortaleció, modificó y amplió la importancia de los derechos culturales y la atención sobre la juventud: la globalización, la economía neoliberal, la generalización de lo mediático y lo virtual. El factor nacional ha de integrar las dinámicas globales; la emergencia de lo multicultural se torna visible y actuante para las dinámicas e identidades que se ponen en juego y tensión; las tradiciones y el pasado histórico cobran una vitalidad y una presencia vital y a veces beligerante; los movimientos y grupos sociales diversos salen a escena no sólo como nuevos actores, sino como reflejo de realidades sociales emergentes, mutables y fundamentales para el abanico que se abre en lo político, social y económico. En este punto es donde la

cultura adquiere una centralidad clave, pues lo político que las organizaba parece vaciarse de sentido y de capacidad de convocatoria y capacidad de organización, donde las políticas culturales no bastan y hay que dirigir la mirada a la cultura política, y ello implica pensar ya no sólo desde la desigualdad, la diferencia, sino lo que integra o lo que no está integrado, es decir, al factor comunicativo. Néstor García Canclini (2004) expresa que, para pensar la interculturalidad, hay que pensar la manera como nos hacemos diferentes, desiguales y desconectados.

Ahora tocaría pensar lo relacional o transaccional. El sociólogo norteamericano Roland Robertson (1992) incursiona en pensar los procesos de transformación a partir de lo global, y señala que ahora es que se modifican las relaciones del todo con las partes a como se había dado anteriormente. Propone que lo que ha acontecido son diversos procesos de relativización entre cuatro elementos fundamentales: el sistema mundo, la humanidad, los estados-nación y el individuo, los cuales están en íntima relación, así, cuando uno es alterado aparecen distintos procesos de relativización, de alteración de la vida social.

En nuestro caso, y con ciertos ajustes que no dejamos de ser conscientes que los ubicamos de una manera arbitraria y/o forzada, proponemos que se puede pensar una cuadratura con elementos que de su relación aparece aquello que se pone en juego, en tensión o relativización. Esto lo podemos ver en la siguiente tabla:

ENTRE:	Y:	RELATIVIZACIÓN:
Cultura	Derechos culturales	De las sociedades
Jóvenes	Derechos culturales juveniles	De las identidades
Cultura	Jóvenes	De las referencias sociales
Derechos culturales	Derechos culturales juveniles	De la ciudadanía

Nuestra visión es que lo que se pone en juego, como riesgo o posibilidad, es lo que aparece en la columna de la relativización, y hemos de reconocer que esto se torna visible a partir de los nuevos contextos sociales de lo global, donde podemos encontrar a otros diferentes autores que han señalado, con otros diagramas de la globalización cultural, como el de José Joaquín Brunner (1999), donde las transformaciones sociales son amplias y se tejen en dimensiones paralelas a las que hemos esbozado con los procesos de relativización.

Abordar estos procesos requiere mucho espacio. Sólo haremos algunos apuntes de cada dimensión.

*En la era de la Supercultura.*

Punto fundamental es que en el mundo, al cambiar en su proceso civilizatorio, igualmente ha cambiado la manera como se organiza, materializa y se accede a la

cultura. Hace pocos años, James Lull (2003) propuso el término de la Supercultura en un correlato a lo que otros autores han hablado de los “supermedios”, “supermodernidad”, “supertexto”, y que en paralelo también se han empleado otros términos para intentar dar forma a lo que ha venido ocurriendo: post, hiper, saturación, desbordado, etcétera.

Lull presenta su propuesta de la manera siguiente:

El desarrollo histórico sin paralelo de la tecnología de comunicaciones y la ola globalizadora que nos rodea están cambiando la naturaleza y el significado de la cultura... Aunque la “comunidad” sigue siendo una característica clave, la cultura se está convirtiendo en una empresa individualista y altamente discursiva. Por otra parte, las comunidades culturales en sí mismas se están formando de nuevas maneras, señalando una transformación fundamental de la experiencia humana. El espacio empírico e imaginario entre la comunidad y el individuo es precisamente donde mucho del trabajo cultural se lleva a cabo en la era de la comunicación (2003: 12).

Dos elementos son claves de esta forma de entender los cambios en la cultura: las transformaciones radicales que se están realizando, que en mucho, la evidencia empírica rebasa las maneras tradicionales, pese a su diversidad, de entender y pensar la cultura; la enorme centralidad que adquiere lo cultural en tiempos en que lo comunicacional ha entrado a reorganizar la vida social, económica y política, en

todos sus niveles, desde las sistémicas y estructurales, hasta lo individual y subjetivo.

De esta manera, podemos pensar dos esferas que son importantes ante los cambios culturales: la revolución cultural y la centralidad de la cultura.

De la primera, hay varias consideraciones que son importantes, más allá de la conciencia de los cambios que corren en paralelo con la crisis de los mapas, tanto ideológicos y cognitivos que esto conlleva, no sólo por el paso de lo que se han denominado culturas tradicionales a las modernas, sino por la manera como las primeras se han reconfigurado y activado.

En este punto hay varias cosas que van ganando conciencia: ante los entornos globales y la creciente presencia de los mercados internacionales, la cultura es vista no sólo como un elemento que posibilita el desarrollo del país, sino que debe ser parte del mismo, e incluso, su elemento clave y central, pues se percibe que el potencial de la cultura no sólo permite una mayor solidaridad social, sino que es su base y sostén, además de la re imantación de las identidades nacionales. Igualmente, se percibe que el patrimonio histórico y cultural no es algo secundario, como un adorno, ni un elemento del pasado, algo que ya no está vigente, sino que es igualmente un mecanismo del desarrollo, de la organización social.

Un trabajo conlleva el avanzar en dos procesos y una implicación importante (Arispe, 2001). El primer proceso se refiere a distinguir todas aquellas “regiones



culturales” que se han dado en nuestro país, es decir, todos aquellos surtidores de imaginario y universos simbólicos del pasado, del presente: lo realizado en la educación y el arte respecto al nacionalismo, considerar al México “profundo” de nuestras raíces e historia, que despliega en el presente un mundo multicultural, los diversos Méxicos “imaginarios”, y los movimientos que hoy emergen. El segundo proceso significa generar mapas de las distintas regiones del país, su distribución y composición de bienes, productos y aparatos culturales, ubicándolos dentro de los flujos y dinámicas de ámbitos mayores, como el local.

La implicación es la importancia de revisar continuamente las políticas culturales que permitan no sólo una mayor ampliación de sus esferas, sino una mayor integración a los procesos estructurales donde tres elementos, por lo menos, son fundamentales: la creación de espacios policulturales; la reorganización de las instituciones y sus legislaciones, y una orientación no sólo política, sino comunicativa, donde el acceso a recibir y crear información es parte de ello.

Respecto a la centralidad de la cultura, hay dos elementos que nos parecen importantes. En primer lugar, el reconocimiento de que así como en el siglo XVIII emergió un primer espacio de diferenciación cultural respecto con la naturaleza, que se observó en la sociedad y específicamente en la vida urbana, y que a mediados del siglo XX apareció un segundo espacio por la acción de los medios electrónicos de comunicación, el mediático. A finales de ese siglo y a inicios del XXI se tornó visible y presente un tercer espacio cultural, el virtual (Barman, 2002). Esto ha representado la importancia de entender a la cultura desde los diferentes

ámbitos de producción, distribución y consumo de formas, bienes, productos y objetos culturales, de acuerdo a la noción de los campos culturales, así como de los circuitos, redes e interacciones intercampaes. Para una política cultural implica la necesidad de ampliar las esferas del circuito cultural, y de planear una estrategia amplia, compartida y consistente que incluya, no sólo al patrimonio histórico, a los ámbitos de creación artística, sino la acción de los medios de comunicación y los escenarios virtuales (García Canclini, 1995).

Esto último es importante porque la dimensión de la cultura que se distribuye y fluye por todo el mundo dentro de los contextos globales, tiene un elemento básico, y al parecer incómodo: la acción del mercado dentro de una economía de orientación neoliberal. Esto ha venido trayendo dos elementos fundamentales: la crisis de la apuesta de la modernidad de conformar una vida social a partir de la ciudadanía, y la crisis simbólica de la política que se va vaciando de sentido, y parecen ocuparlo otras instituciones, como el mercado, los medios de comunicación, y lo que se pone ahí en juego, entre otras cosas, son los modelos para conformar las identidades culturales, y dar nuevas formas a los cuerpos, los imaginarios, las subjetividades, y, además, a lo que pareciera ser importante para la vida de todos.

En segundo lugar, la centralidad de la cultura se hace visible porque dentro de los tiempos de la postmodernidad, de la economía neoliberal del consumo, lo cultural es un factor que se ha introducido en las dimensiones de lo político, lo económico y lo social. Es decir, es parte del sistema de producción económico y con ello el

elemento simbólico es clave para la organización de la vida social colectiva, las nuevas diferenciaciones o integraciones sociales a través de las identidades culturales. En este punto, lo histórico y el patrimonio cultural son tanto un medio para reorganizar los imaginarios y las identidades para introducirlos a la lógica del mercado, como para ampliar las mediaciones que permitan resistir a la desintegración de lo nacional, de lo regional y local. Es parte de la borrosidad de la cultura, de la globalización.

*Derechos culturales. Un mundo para ¿todos? De lo binario a lo borroso.*

Se ha reconocido que el paradigma estatal para desarrollar políticas culturales ha pasado del estatismo populista, centralista y paternalista, a otro de apertura y democratización cultural. Los esfuerzos y los logros son evidentes, pero no deja de percibirse una de las problemáticas del pensamiento político y cultural: su centralismo, su peso estructural, su tendencia a definirlo todo por una serie de dualismos por la cual intenta asir de manera binaria la diversidad de lo político y de lo cultural.

Pero esto, al parecer, no ha sido suficiente, pues si bien se ha dado un giro importante, se han ampliado las esferas de acción, se ha renovado un lenguaje y una orientación institucional y administrativa (Nivón, 2004), sus esfuerzos tienden a quedar muy lejos de las transformaciones de la cultura y su impacto dentro de la vida social global, que se hace y re hace en la vida cotidiana, que es necesaria para llegar a una plena democracia (Arispe, 2004: 7).

El pensamiento de la cultura se ha debatido dentro de una serie de una diversidad de dualidades: universalismo-particularismo; lo homogéneo-diverso; lo nacional-regional; lo global-nacional, y parece que esto se sigue manteniendo en las formas de pensar tanto políticas culturales, como los derechos culturales. Se ha logrado mucho ampliando la mirada hacia terrenos como lo multicultural, los movimientos minoritarios, los migrantes, donde se ha ido reconociendo que dentro de las historias de cada país se han dado un juego de tensiones y de discriminaciones, y por ello hay que atender las diferencias, las desigualdades. Pero siempre hay un límite, que es igualmente su forma y su vacío.

Prueba de ello es lo que ha ido aconteciendo con los derechos culturales, su tardío reconocimiento, las maneras como han ido modificando sus orientación y ampliando sus ámbitos de inclusión. Pero las dificultades para implementarlas son varias, entre ellas dos. En primer lugar, son sus límites, que significan varias cosas, el papel de los diferentes actores que deben intervenir, entre ellos el Estado, el financiamiento, su institucionalización y operación, sus normas y sus reglamentos. En segundo lugar, la dificultad de pasar de la aceptación, la definición, las garantías constitucionales y su formalización en la vida social y lo cotidiano.

Si bien son importantes logros que se han tenido a partir de la declaración de los derechos culturales, como el ser conscientes de sus dimensiones institucionales y administrativas, de atender la diversidad cultural, a través de reconocer el

patrimonio histórico, el derecho a la expresión y la creatividad, el acceso y disfrute de bienes y productos culturales, la consideración de que es un elemento no sólo para el disfrute sino para las ciudadanías y el quehacer cultural de las naciones, sus reglamentaciones, en muchos casos, no pasan de ser consideraciones y definiciones que intentan abarcar lo más posible, de la mejor manera para la mayoría. Es peculiar que muchas veces tienen impactos mayores las reglamentaciones internacionales, o más recientemente las estatales, que las nacionales (Nivón, 2004; Villaseñor, 2004).

Es por ello que un punto crucial no sólo es la dificultad de nombrar lo diverso, que siempre se sale algo de las manos, sino que en la nueva forma no haya una transformación en la organización y la capacidad de manejar los desequilibrios de intereses para llegar a lo concreto, es decir, que los derechos culturales, las políticas culturales, se conviertan en forma integrante de la vida social, de la ciudadanía, pues lo que está en juego no es un ámbito, prescindible o no, de la sociedad, sino la socialidad de una nación, sus referentes sociales mediante los cuales cobra forma el presente y se teje y desteje hacia el futuro.

No es cualquier cosa, pues como lo que expresan Jesús Martín Barbero y Ana María Ochoa (2001: 119):

Transformar las estructuras para que la práctica de la diversidad sea posible sin caer en la desfachatez de disfrazar viejas políticas centralistas y patrimoniales con nuevas palabras como participación, diversidad, cultura,

descentralización. Hay un desfase entre conceptualizar y asumir la cultura como un campo crucial de transformación de la contemporaneidad y asumir los necesarios cambios en la estructura de estamentos políticos y públicos.

Los derechos culturales han sido importantes para reconocer un ámbito importante de la vida social y humana, la diferencia y la desigualdad; la cultura como un factor para el desarrollo social y económico, y las políticas culturales han sido como un instrumento para organizar, gestionar, orientar, conciliar tensiones, historias y conflictos que son parte de la vida misma. Pero hay más retos que logros.

#### *Jóvenes. Mundos dentro de mundos.*

En los últimos años, los estudios sobre la juventud han adquirido la conciencia que no se trata de estudiar a un nuevo fenómeno o actor social, sino de las mismas improntas para pensar el mundo, lo social, la cultura. Es una postura epistemológica que rebasa lo meramente ontológico del mundo actual, pues su mirada no es sólo dar cuenta de una realidad, sino de la morfogénesis de lo social, de las metáforas del cambio, de las hibridaciones de la cultura, de la borrosidad social.

En el contexto actual de los jóvenes hay dos dimensiones fundamentales: el mundo en el que viven los jóvenes, y el mundo de los jóvenes. Antes de ello, es importante mencionar un elemento del que parten algunas visiones de los estudios

de la juventud, es decir, el reconocimiento, su dimensión, sólo puede ser aprehendido a través de lo heterogéneo que se despliega en lo social, lo económico y lo político, y por lo mismo son reconocidos como una “multiculturalidad temporal”, pues son “nativos del presente” (Margulis y Urresti, 1998: 3), y para acceder a ello hay que tener una serie de consideraciones, de mediaciones, por medio de las cuales se despliega la diversidad de los entornos juveniles, sus trayectorias, sus formas subjetivas, como es el caso del factor género, generación, territorio, raza y etnia, etcétera.

Hay una serie de elementos fundamentales y básicos para acceder al mundo en el que viven los jóvenes. El primero es su presencia dentro de la población en el país, su distribución como parte de esa población, que en sí mismo va a manifestar el peso de su presencia, y la cualidad de esta presencia (Pérez Islas y Valdez, 2003), así como su inserción dentro de algunos procesos básicos dentro de la estructura social, como sería el acceso a la educación y al trabajo, y esto igualmente marca un abanico de situaciones en las que se inscriben los jóvenes y despliega un mundo diverso, segmentado, fragmentado, a través de una serie de restricciones y posibilidades varias, donde se mencionan una serie de mediaciones no sólo estructurales, sino socioculturales que lo posibilitan o lo restringen (Miranda, 2003): además de la condición de clase, están las condiciones de lo urbano y lo rural, el ser fronterizos o migrantes, el acceso a la cultura, al consumo, o la desintegración de los vínculos y los afectos con los símbolos que circulan y pueblan el mundo a través de las esferas de la política, el consumo de la economía, etcétera.

En este sentido, es fundamental entender la relación de las estructuras políticas, sociales y económicas con los mundos juveniles, donde en lo político hay un vaciamiento de sentido y de orientación en la vida social, así como la creciente deslegitimación de la educación para ser un espacio de inserción a lo laboral y a entornos sociales más amplios; además de que lo político, el mercado y la educación propician, en sí mismos, una segmentación que se da a través no sólo de la desigualdad, la diferencia, sino la desconexión con esos mundos que se expanden, emergen, fluyen, se diversifican.

A partir de los resultados de la Encuesta Nacional de la Juventud 2000, Julia Flores (2003) hace una revisión de aquello que unifica a los jóvenes y de aquello que los hace diferentes. De lo primero, señala la presencia de la educación y de los medios de comunicación, como dos entornos en los que muchos jóvenes se mueven y de los cuales extraen actitudes, información y mundos simbólicos que los incorporan a un mundo social. De lo segundo, hay una serie de factores que propician que esa incorporación sea de manera diferenciada: el cambiante entorno de las familias, la movilidad social, es decir, el acceso a la educación, y podríamos añadir, a la cultura en general, los valores de lo que es importante, urgente para el país, y sus percepciones de ellos mismos, de los problemas del país, de las instituciones varias, de su participación política. En el mundo donde se mueven los jóvenes no sólo se ve una dinámica que va de la integración-desintegración, de la homogeneidad-diferenciación, sino de las continuidades-rupturas, que son los



mismos entornos y circunstancias por donde se mueve la vida social del país, de los entornos culturales que se acentúan con lo global y la economía neoliberal.

Por su parte, el mundo de los jóvenes hace evidente una paradoja: en momentos en que la dimensión adquiere centralidad, se puede apreciar el descentramiento de la cultura, es decir, el desordenamiento de la cultura, que en términos de Jesús Martín Barbero (1998: 26), el mundo de los jóvenes nos permite observar la reorganización de los modos de organización de lo social. Martín Barbero señala cuatro elementos en ello: la desespecialización de la ciudad, la pérdida del centro, de los espacios para estar juntos; el desarraigamiento, que propicia un mundo en expansión, de exploración, de nomadismos varios; la empatía con lo tecnológico que permite que ante lo anterior, y por otras cosas más, se de una relación empática con lo tecnológico y las conectividades discursivas, afectivas, colectivas que esto genera; la desubicación, es decir, ante el vaciamiento de lo simbólico, la necesidad, capacidad y posibilidad del recurso expresivo en el cuerpo, la escuela, la calle, donde la práctica de la música, el rock, es uno de sus principales espacios de concentración, comunicación y expresión. Martín Barbero ve en ello la necesidad de pensar más que los efectos ideológicos de las industrias de la cultura, de los medios de comunicación (Martín Barbero, 2003), y de la acción y participación en lo político, en la dimensión comunicativa de y en lo político (1998: 31).

Ello es importante no sólo para entender a lo social hoy día, sino otras maneras como se conforma y se vive la ciudadanía. Es pensar la manera como se

configuran las identidades juveniles, y de la mayoría de la población, en un mundo donde se vive a partir de la fragmentación y la conectividad (Cisneros, 2000), donde tienden a prevalecer aspectos como la saturación, el caos, la borrosidad, la desintegración, la era digital, frente a la presencia de un estado que parece reducirse, una sociedad que se atomiza, una realidad que parece propiciar y favorecer la inmovilidad de la movilidad social, y donde la identidad nacional entra en procesos de reformulaciones amplias, diversas, confusas.

*Mirada circular. Políticas de la juventud.*

Más que derechos culturales de los jóvenes, la tendencia ha sido generar políticas nacionales de la juventud, y éstas han sido una reacción ante la emergencia de un fenómeno no visible en otras épocas: los jóvenes. Es por ello que las políticas nacionales de la juventud han pasado por diferentes etapas, conforme la emergencia social de la juventud se ha ido tornando cada vez más compleja, es decir, expandiendo una diversidad de contextos, situaciones y realidades, conforme se han ido haciendo visibles para el orden y la organización social.

Del paso de una actitud paternalista que ve a los jóvenes “integrados”, a quienes se les fomenta el ingreso a la educación y la práctica del deporte en la década de los cincuenta, a otra donde el paternalismo muestra su mano dura ante los movimientos políticos y las prácticas culturales como la música en los setenta, que se exhibe en los ochenta cuando los chavos banda hacen evidente la enorme presencia del joven popular urbano y de quienes hay que prevenir tanto sus

posibles delitos, y su ingreso al mundo laboral como una medida de atención a los jóvenes, hasta llegar a los noventa, donde se hace nuevamente evidente el enorme ejército de jóvenes excluidos, y a los cuales se les capacita para ser parte del ejército de la mano de obra que se abre.

Las políticas juveniles hacen evidentes una serie de rasgos que los han caracterizado: la importancia de la mirada de quienes los miran, y el lugar desde donde lo hacen, que ha sido fundamental, pues la información con la que cuenta y las imágenes políticas y culturales desde las cuales los conciben, han redundado en el tipo de políticas, instituciones y programas para administrar lo juvenil (Pérez Islas, 2000); la tendencia hacia la lentitud, lo estático y segmentado de las políticas juveniles, ante las realidades cambiantes, ambiguas, contradictorias y diversas de los jóvenes.

Las miradas de las políticas de la juventud han enfatizado un primer orden de mirada a los jóvenes: la del adulto que ve al joven, y se ha dado una tendencia a un acercamiento a un segundo orden de mirada, la de los mismo jóvenes. Pero siguiendo con las miradas, hay otros dos niveles que parece no han sido considerados: cómo ven los jóvenes las miradas de los adultos a sus miradas, cómo ven los adultos las miradas de los jóvenes a sus miradas. Además de paternalista la mirada de las políticas culturales, su mirada ha sido semi circular y no ha cubierto el círculo completo para intentar llegar a la cuadratura del círculo.

No es gratuito que la relación de las instituciones sigan reproduciendo un círculo particular que se da a partir de ejes como integración-desintegración, que propicia un distanciamiento con los mismos jóvenes, pues a la propuesta de integrarse, la respuesta es a distanciarse, porque la propuesta institucional, entre otras cosas, no deja de actuar sobre los imaginarios sobre la juventud, la búsqueda de afinidades, afectividades e identidades institucionales, de su inserción y participación cívica y política dentro del ámbito de las instituciones políticas, cuando los jóvenes manejan otros sentidos de identidad más allá de lo político y de la cultura política, cuando sus construcciones se forjan por sus propias colectividades, cuando los derechos que buscan son de respeto a la diferencia, de manera igualitaria.

Los derechos culturales aceptan la diversidad, la multiculturalidad, han ampliado sus ámbitos de atención a los migrantes, a las minorías, a los excluidos, a los movimientos sociales emergentes. Los jóvenes, ¿entran en alguna de esas categorías? De una manera formal no, pero se reconoce que ocupan diferentes ámbitos culturales estratégicos: la migración, el feminismo, la vida en el ciberespacio, las razas y las etnias, el consumo de las industrias de la cultura y del entretenimiento, la vida urbana y la pluralidad de sus espacios, la esfera religiosa, científica, artística y tecnológica.

Los jóvenes parecen estar en todos lados y en ninguno, en una época en que a la vez que les ha cargado el peso de una deuda económica, de transferencias sociales y simbólicas, que ellos van cargando desde su nacimiento y que se refleja

en las crisis múltiples de lo económico y lo político que redundan en una complicada movilidad social; de la desarticulación de las instituciones con sus realidades y el abandono de ser espacios para su integración a un nivel de vida y esfera social segura y continua, en una tensión gradual de sus percepciones y valores hacia un mundo que parece a la vez abrirse y cerrarse. Igualmente, porque en tiempos donde se ha reconstruido todo, pero principalmente a los sujetos y las subjetividades, parecen moverse entre la simulación y la hiperrealidad, donde el factor de estar conectados a algo es vital (García Canclini, 2004).

**El vacío es forma. El eterno retorno de lo inconcluso.**

El pensar es un trazado que propicia una diferencia, la cual va adquiriendo una forma. La forma se llena, pero siempre deja un vacío. Eso es lo que tiende a suceder con los derechos culturales y con las políticas de la juventud, y en ese juego dialéctico continuo, hay riesgos y posibilidades. Algo se gana, algo se pierde, pero el punto es que no se pierde cualquier cosa, sino demasiadas cosas de la vida social y de las ciudadanías que se colocan en continuo riesgo.

En las conclusiones del libro colectivo que reflexiona sobre los principales retos culturales en México, Lourdes Arispe (2004a: 369) señala:

El mayor obstáculo para la consolidación de la democracia es el desfase entre las necesidades y expectativas ciudadanas y las del gobierno. Así se expresa en las relaciones que tienen los ciudadanos con el gobierno en el

ámbito local y cotidiano. Esto tiene un efecto en el autorreconocimiento del ciudadano como sujeto de la acción política y, en consecuencia, en la integración de su identidad; en el carácter de las prácticas políticas que la ciudadanía establece con las instituciones del Estado y que, en casos extremos, se expresa como cinismo, desencanto y pasividad.

Incluir el tema de los jóvenes en los derechos culturales también es fundamental, pues lo que ahí se pone en relación, junto con las minorías, los migrantes, los movimientos emergentes, no es sólo lo social, sino la socialidad, es decir, las formas como se configuran las identidades culturales, y las referencias sociales que se ponen en juego y disputa en la vida social.

## **Bibliografía**

ARISPE, Lourdes (2004). "Introducción", en Arispe, L. (coordinadora), *Los retos culturales en México*. México, Miguel Ángel Porrúa, UNAM, CRIM.

ARISPE, Lourdes (2004a). "Conclusiones. De los retos culturales hacia delante", en Arispe, L. (coordinadora), *Los retos culturales en México*. México, Miguel Ángel Porrúa, UNAM, CRIM.

ARISPE, Lourdes (2001). "Cultura, creatividad, gobernabilidad", en Mato, D. (compilador), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires, CLACSO.

BAUMAN, Zygmunt (2002). *La cultura como praxis*. Barcelona, Editorial Paidós.

BRUNNER, José Joaquín (1999). *Globalización cultural y posmodernidad*. Chile, Fondo de Cultura Económica. Primera reimpresión.

CERVANTES BARBA, Cecilia (2004). "Derechos culturales. Entre la marginación y los retos estructurales", en *Renglones*. ITESO, No. 57.

CHAMBERS, Iain (2006). *La cultura después del humanismo*. Madrid, Editorial Cátedra.

CISNEROS, Cesar (2000). "Jóvenes ciudadanos: ¿realidad o ficción?", en Medina, G. (compilador), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México, El Colegio de México.

FLORES, Julia Isabel (2003). "De apuestas, ganancias y pérdidas. Valores y creencias juveniles", en Pérez Islas, J. A. y Valdéz, M. (coordinadores), *Nuevas miradas sobre los jóvenes*. México, Instituto Mexicano de la Juventud.

GARCIA Canclini, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Editorial Gedisa.

GARCIA Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Editorial Grijalbo.

LUHMANN, Niklas (2000). *La realidad de los medios de las masas*. Barcelona, Editorial Anthropos y Universidad Iberoamericana.

LULL, James (2003). "Supercultura para la era de la comunicación", en *Texto Abierto*. Universidad Iberoamericana León, No. 3-4.

MAFFESOLI, Michel (2001). "Tribalismos posmodernos. De la identidad a las identificaciones", en Chihu, A. (coordinador), *Sociología de la identidad*. México, Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa y Universidad Autónoma Metropolitana.

MAFFESOLI, Michel (1997). *Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo*. Barcelona, Editorial Paidós.

MARGULIS, Mario y Urresti, Marcelo (1998). "La construcción social de la juventud", en Cubiles, H., Lavarde, M. y Valderrama, C. (editores), *"Viviendo a toda"*. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Colombia, Siglo del Hombre Editores y Universidad Central.

MARTIN Barbero, Jesús (2003). *La educación desde la comunicación*. Colombia, Editorial Norma.

MARTIN Barbero, Jesús (1998). "Jóvenes: des orden cultural y palimpsestos de identidad", en Cubiles, H., Lavarde, M. y Valderrama, C. (editores), *"Viviendo a toda"*. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Colombia, Siglo del Hombre Editores y Universidad Central.

MARTIN Barbero, Jesús y Ochoa, Ana María (2001). "Políticas de multiculturalidad y desubicaciones de lo popular", en Mato, D. (compilador), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires, CLACSO.

MIRANDA, Francisco (2003). "Continuidades y rupturas: transición educación-trabajo", en Pérez Islas, J. A. y Valdéz, M. (coordinadores), *Nuevas miradas sobre los jóvenes*. México, Instituto Mexicano de la Juventud.

NAVARRO, Pablo (1994) *El holograma social. Una ontología de la socialidad humana*. Madrid, Editorial Siglo XXI.

NIVON, Eduardo (2004). "Políticas culturales estatales. Nuevas formas de gestión cultural", en Arispe, L. (coordinadora), *Los retos culturales en México*. México, Miguel Ángel Porrúa, UNAM, CRIM.



PEREZ Islas, José Antonio (2000). "Versiones y visiones. Los jóvenes y las políticas de juventud", en Medina, G. (compilador), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México, El Colegio de México.

PEREZ Islas, José Antonio y Valdéz, Mónica (2003). "Imágenes sobre los jóvenes de México", en Pérez Islas, J. A. y Valdéz, M. (coordinadores), *Nuevas miradas sobre los jóvenes*. México, Instituto Mexicano de la Juventud.

ROBERTSON, Roland (1992). *Globalization. Social theory and global culture*. London, Sage Publications.

VILLASEÑOR, Carlos (2004). "Patrimonio comunitario. Las negociaciones simbólicas", en Arispe, L. (coordinadora), *Los retos culturales en México*. México, Miguel Ángel Porrúa, UNAM, CRIM.

WALLERSTEIN, Immanuel (2005). *Análisis del sistema mundo*. México, Editorial Siglo XXI.